

Introducción

La investigación en áreas habitacionales se ha convertido al paso de los años en una fuente inagotable de información que, poco a poco, está permitiendo conocer el *modus vivendi* de la población que habitó mayoritariamente los asentamientos Mesoamericanos. Dzibilchaltún, como asentamiento urbano, contó con una gran población densamente nucleada durante el periodo Clásico, alrededor de 20,000 habitantes, lo cual resultó en el desarrollo arquitectónico de innumerables unidades habitacionales en el sitio (Kurjack 1974; Andrews IV y Andrews V 1980; Cottier 1982; Maldonado 2009). Este hecho genera muchas interrogantes sobre el funcionamiento interno de una urbe de tales dimensiones y el tipo de actividades que se desempeñaban en los espacios urbanos particularmente aquellas relacionadas con la subsistencia en un área con no muy altos rendimientos agrícolas. Además, nuestro conocimiento todavía es limitado respecto a la conformación social e identidad de sus pobladores, el tipo de relaciones existentes y su memoria colectiva. Cada una de estas cuestiones ejemplifica la riqueza de la información derivada del estudio de las unidades habitacionales y la necesidad de su exploración y el análisis minucioso del componente más numeroso del asentamiento, esto es, la arquitectura sin bóveda. En este capítulo, presento una discusión breve de los desarrollos históricos de la arqueología de grupos domésticos, los enfoques integrados en las últimas décadas así como los modelos etnoarqueológicos relevantes para el análisis de los espacios habitacionales. El objetivo es el conformar un marco referente y comparativo en la reconstrucción de la vida diaria de los residentes de un contexto habitacional en la antigua ciudad Maya de Dzibilchaltún.

1.1. Grupos domésticos y unidades habitacionales

El estudio de las áreas domésticas permite visualizar elementos relacionados con el desarrollo y la organización de los grupos humanos mediante la exploración sistemática del componente más numeroso de los asentamientos: el espacio habitacional. Las investigaciones sobre lo doméstico se han enriquecido en los últimos años con diferentes nuevos métodos y marcos interpretativos derivados de una multitud de enfoques teóricos. Como resultado, el vocabulario asociado al estudio de lo doméstico se ha ampliado considerablemente incorporando términos como grupo doméstico, grupo corporado, unidad habitacional, casa, conjunto habitacional, solar doméstico, área de actividad, red de relaciones, identidad, agencia entre otros. Esta terminología es un reflejo de la expansión teórica derivada de otras disciplinas y su impacto en el tipo de información y las aproximaciones analíticas necesarias en el estudio holístico de lo doméstico. Los estudios de los grupos domésticos (*households*) se inician formalmente

en los 1980s con el desarrollo de métodos y marcos teóricos derivados de la etnología (Ashmore y Wilk 1988; Douglas y Gonlin (2012). Los trabajos etnológicos -en su gran mayoría-, se enfocaron en la definición precisa de los grupos humanos que habitan las áreas habitacionales y la descripción de las diferentes actividades que éstos llevan a cabo. Wilk and Rathje (1982: 618) definen al grupo doméstico como el componente social de subsistencia más común así como el grupo de actividad más abundante compuesto de tres elementos, un componente social (la unidad demográfica y el número y relaciones de sus miembros), un componente material (la habitación, áreas de actividad y posesiones) y un componente de comportamiento (las actividades que desarrolla). Es pues, que el grupo doméstico se deriva de las estrategias domésticas necesarias para satisfacer las necesidades de sus miembros. Wilk et al. (1984: 1-2), reconocen la importancia de considerar al grupo doméstico como un concepto poli semántico que engloba significados diversos según el nivel de conceptualización abordado. Como construcción cultural, se le confunde idealmente con la familia - dualidad que ha sido considerada dependiente e interrelacionada-, aunque estos conceptos deben separarse si se pretende utilizar al grupo doméstico como una unidad analítica de investigación basada más bien en la observación y con posibilidades de ser comparada transculturalmente. Esta confusión no considera casos en los cuales se documentan cambios en la morfología del grupo doméstico aunque el grupo funcional siga siendo el mismo, o bien, situaciones en las que la morfología del grupo no varía pero si se modifican las funciones del grupo residente (Wilk et al. 1984: 2-4). Kent (1993:6), señala que el grupo doméstico es ante todo un sistema social no equivalente a la familia. El aspecto funcional de los grupos domésticos se enfoca en las actividades o funciones domésticas desempeñadas por este. Los grupos domésticos se visualizan como grupos coresidentes que mantienen una estrecha cooperación económica compartiendo la socialización de la prole (Laslett 1972: 24-25; Yanagisako 1979:164-165; Wilk y Rathje 1982: 618; Quesnel y Lerner 1983: 46; Santley y Hirth 1993: 3). En los grupos domésticos existen una gran cantidad de actividades, aunque estas varían temporal y culturalmente (Yanagisako 1979: 166-168; Ashmore y Wilk 1988: 3; Santley y Hirth 1993: 3). Debido a ello, la problemática de este enfoque se centra en la definición de "lo doméstico", es decir, cuales son las actividades que comprende y si las actividades comunes son un criterio valido para incluir al individuo dentro del grupo doméstico. Ya que existen situaciones en las cuales los miembros del grupo comparten las actividades pero no el mismo techo, o bien, casos en los cuales las personas colaboran en diversas actividades, comparten la vivienda, pero no tienen

relaciones de parentesco entre sí (Yanagisako 1979: 164-65; Netting 1982: 641-643; Wilk y Rathje 1982: 620-621; Wilk et al. 1984: 2-4; Ashmore y Wilk 1988: 4). Existen ciertas actividades interrelacionadas que permiten el análisis comparativo de los grupos domésticos. Estas actividades se clasifican en cinco categorías las cuales se traslapan entre sí (Wilk y Rathje 1982: 621; Wilk et al. 1984: 5-6; Wilk y Netting 1984; Ashmore y Wilk 1988: 4; Baxter 2008; Hirth 2009: 19;) estas son: a) producción, esto es actividades que procuran o incrementan el valor de los recursos del grupo; b) distribución o el intercambio de recursos del productor al consumidos ; c) transmisión generacional de los bienes y derechos también referido como herencia; d) reproducción o generación de nuevos miembros en la familia; y e) co-residencia, aunque no requerida ya que existen excepciones en las que no todos los miembros del grupo domestico comparten el mismo espacio residencial. Douglas y Gonlin (2012) añaden que en la investigación arqueológica de lo domestico, generalmente la co-residencia es implícita en los contextos ya que la unidad familiar es más difícil de identificar, dado que consiste en relaciones de parentesco.

Desde la década de los 1970s, el estudio de las zonas habitacionales ha cobrado auge debido principalmente a la riqueza de información que estas áreas proporcionan. La Arqueología del grupo domestico (Wilk y Rathje 1982; Ashmore y Wilk 1988: 7) se enfocó en el estudio de las áreas habitacionales a fin de obtener evidencia sobre la compleja organización de los sitios arqueológicos ya que las casas representaban manifestaciones físicas de la heterogeneidad presente en los asentamientos, la diferenciación social de las sociedades complejas y la distribución asimétrica del poder en los sistemas de clases (Kurjack 1974: 8). Su estudio permite conocer el proceso de formación de los centros de población, las circunstancias que propician su surgimiento y la manera en la que los distintos asentamientos adquirían o no caracteres "urbanos" en su composición. El término "unidad habitacional" surge como respuesta a la necesidad de establecer niveles de investigación que posibilitaran el estudio del modo de vida de las sociedades prehistóricas y permitieran conocer las limitantes del registro arqueológico y de su exploración sistemática (Flannery 1976). El desarrollo de conceptos analíticos posibilitó la vinculación de los datos etnológicos sobre el grupo domestico con aquellos parámetros de investigación accesibles para la Arqueología, permitiendo visualizar al grupo domestico bajo una perspectiva diacrónica y facilitando la generación de datos sobre cuestiones como la forma del grupo doméstico, su funcionamiento y su composición (Hirth 1993: 25). Inicialmente, la ambigua definición de las unidades de análisis propicio el registro erróneo de los elementos que componen el fenómeno a dilucidar, induciendo la formulación de inferencias irreales sobre las sociedades estudiadas. Partiendo de esta premisa Flannery (1976), Ashmore y Wilk (1988: 6) propusieron estrategias de investigación que contemplan elementos reconocibles a través del registro arqueológico como el área de actividad, la unidad habitacional, el conjunto doméstico, la habitación y la casa. Ashmore y

Wilk (1988: 6) definen la vivienda o habitación como "la estructura física o el área dentro de la cual se llevan a cabo las actividades residenciales," mientras que la casa era "una habitación particular o un grupo de habitaciones que fueron ocupados por un solo grupo doméstico." Para Wilk y Rathje (1982: 618-19), "...los grupos domésticos viven y utilizan la cultura material... la cultura material puede verse como una pieza... cuya forma refleja las condiciones demográficas y las actividades de los grupos domésticos... debemos inferir unidades habitacionales (*dwelling units*) del registro material y entonces podremos inferir grupos domésticos a partir de estas unidades habitacionales... ". Manzanilla (1986: 9-16; 1990: 12-16; 1991: 7) incorporo una jerarquía en los niveles de análisis combinando las variables definidas por Flannery y Winter con el planteamiento de Ashmore y Wilk sobre el grupo doméstico. Su interés en las unidades habitacionales fue pionero en México, divulgando el interés de las mismas a través de sus investigaciones y el uso del análisis químico de suelos en la identificación de áreas de actividad en sitios como Teotihuacán y Coba. Para Manzanilla, el estudio del área de actividad y de la unidad habitacional son esenciales ya que su estudio permite abordar niveles de integración de información más amplios como el del asentamiento y la región. Como unidad de análisis la unidad habitacional es el resultado de la integración de variables etnológicas dentro del contexto material propio de la Arqueología. Manzanilla (1990: 15), señala que su instrumentación proporciona evidencias que permiten conocer el grado de sedentarismo y de cooperación entre los miembros, el nivel de especialización en las actividades productivas, la estratificación social, el grado de diferenciación en el acceso a los recursos y el tipo de circulación de los bienes. El reconocimiento de unidades habitacionales no es un proceso simple. La etnografía ha demostrado que los edificios que componen el espacio domestico son multifuncionales -en ellos se desarrollaban numerosas actividades-, lo cual enfatiza la importancia del estudio de la arquitectura domestica prehistórica y su funcionamiento a fin de desarrollar indicadores precisos sobre el tamaño de la población y la organización del grupo doméstico. Las diferencias morfológicas en las unidades habitacionales son el resultado del contexto ambiental, el tipo de asentamiento en la cual la unidad habitacional se localiza, los efectos culturales del grupo social y la temporalidad de ocupación del sitio. Los métodos empleados en el estudio de las unidades habitacionales se enfocan en definir su ubicación en el asentamiento; su exploración arqueológica incorpora técnicas como la recolección de materiales de superficie, la excavación extensiva de las áreas habitacionales, el análisis químico de los pisos, el análisis espacial y estadístico de los materiales, así como el uso de criterios etnológicos, etnohistóricos y etnoarqueológicos. El estudio de materiales osteológicos y genéticos así como la evidencia epigráfica continua proporcionando datos sobre la reproducción social, la dieta y en algunos casos el tipo de actividades que desempeñaban los grupos residentes. La identificación arqueológica de las unidades habitacionales facilita el estudio de composición social de la población y de los factores como el estatus, la ocupación

y la etnicidad que propiciaron la conformación un patrón disperso o agregado en sectores, esto es barrios, en los asentamientos.

1.2. Sociedad casa (*house society*) e Identidad

En las décadas más reciente, el estudio de las unidades habitacionales ha incorporado marcos interpretativos derivados de la influencia que el marxismo, feminismo y las filosofías estructuralistas y post-estructuralistas han ejercido en la antropología y sociología. Un ejemplo es la teoría de práctica y agencia cuyos orígenes se asocian con la noción marxista de *praxis*. Harris y Cipolla (2017: 37-39) señalan que el enfoque de la teoría de práctica es la conexión relacionada, esto es repetitiva y de forma circular, que existe entre los agentes y la estructura social y cuyo resultado es la reproducción cultural. Los agentes incluyen individuos, grupos de ellos y objetos los que a través de la agencia toman decisiones o en el caso de los objetos, introducen diferencias en el estatus *quo* de la estructura. Por otro lado, la estructura social consiste de otros individuos, comunidades u objetos que auxilian o influyen las opciones y acciones de la persona en sus decisiones, prácticas y creencias (por ejemplo tradiciones, normas, leyes, códigos religiosos, reglas de comportamiento, entre otros). La agencia le permite al individuo contravenir e influenciar de una manera retroactiva (*feedback-loop*) a la estructura. El concepto de poder se asocia al de agencia ya que ilustra el control que otros ejercitan con la finalidad de limitar las posibilidades o acciones del individuo. Esto es, la persona actúa con un grado de libertad en la toma de decisiones dentro de un contexto controlado, hasta cierto punto, por la estructura social. Como conceptos integrales de la teoría de práctica, tanto la agencia como la estructura social cooperan en la reproducción cultural y los procesos de cambio y continuidad. Los autores añaden que la teoría de práctica y los conceptos de agencia y estructura social examinan el papel del individuo, los objetos y la combinación de los mismos, como entidades sociales; las iniciativas y acciones de estos son repuestas activas, dinámicas y significantes ya que pueden introducir cambios o reforzar la estructura de la sociedad en el proceso de reproducción cultural. Giddens (1984) ha propuesto una definición más amplia de agencia como la capacidad de realizar algo en la cual dada la expectativa de una acción en particular, la persona puede actuar de una manera diferente, esto es la agencia va más allá de la intención de la acción. Como resultado de la incorporación de la teoría de práctica en la arqueología la cultura material se analiza en base a su función de conexión relacionada entre la estructura de ideas y las estrategias de práctica, esto la agencia que los objetos (artefactos, arquitectura, religión, entre otros) ejercen en la motivación o el condicionamiento de la práctica de ciertas acciones (Harris y Cipolla 2017: 44-45).

El concepto de sociedad casa (*house societies*), derivado del estructuralismo, fue incorporado al estudio de las unidades habitacionales por arqueólogos post-estructuralistas como Ian Hodder (1982). Levi-Strauss (1982: 174) definió a la

sociedad casa como un grupo corporado con su propia identidad y responsabilidades que se “perpetua a si mismo por la transmisión de su nombre, sus bienes y sus títulos a través de una línea real o ficticia, considerada legítima con la condición de que esta continuidad pueda expresarse en el lenguaje del parentesco o de la alianza y con más frecuencia de ambas.” Levi-Strauss añade que ordinariamente la gente se refiere a sus casas como unidades de donde se derivan sus identidades (ver Anaya 1996; Gillespie 2000, 2001). La sociedad casa intrínsecamente incorpora los lazos afines y de descendencia como un lenguaje de relaciones por medio de cual las acciones de sus miembros se consideran legítimas (Gillespie 2000: 476). Como unidad de cooperación no representa una unidad doméstica ni linajes, lazos familiares o alianzas, aunque puede incluir varias de ellas, sino que se refiere a las prácticas compartidas y el estado común. El uso del concepto de sociedad casa enfatiza las prácticas y no necesariamente el papel de la relación de parentesco en la formación de grupos sociales. La materialización de la sociedad casa y su razón de existir es la propiedad y su preservación, por aquellos miembros reclutados legítimamente a través del lenguaje de parentesco y afinidad. La identidad de la sociedad casa se mantiene en la continuidad de los rituales a los ancestros agnados (paternos) y uterinos (maternos) así como de aquellos asociados a las casas de los cónyuges. Gillespie (2000: 477) añade que la gente común pudo anexarse a una sociedad casa noble aun cuando no existiera un vínculo genealógico, y por lo tanto convirtiéndose parte del legado de la misma. En el caso de las sociedades casa de las elites, el manejo de la propiedad y sus recursos, el embellecimiento de la estructura, el incremento en su tamaño y su renovación fueron estrategias utilizadas en el despliegue de su estatus. Así también, reliquias familiares y los títulos de nobleza representaban la historia y el estatus de la casa. Las celebraciones extravagantes asociadas a uniones matrimoniales y rituales funerales servían para ratificar las alianzas establecidas así como la existencia de la casa. De acuerdo con Gillespie (2000: 478), en la arqueología del área Maya, el concepto de sociedad casa se ha enfocado primordialmente en las elites Mayas (Gillespie 1999; Gillespie y Joyce 1997; Joyce 1999; Kirch 2000; Tringham 2000) dada la disponibilidad de iconografía y fechas calendáricas documentado las alianzas establecidas entre las casas de poder. Sin embargo, investigadores como Hendon (2001; 2002; 2003; 2007; 2010; 2012), Pool Cab (2017) entre otros han utilizado este concepto en el estudio de unidades habitacionales de la gente común.

Aunado a la integración de conceptos como agencia y sociedad casa en la arqueología de unidades habitacionales, el interés se ha dirigido al entendimiento de la identidad colectiva y el papel que el género, el estatus, la edad, la clase y la religión desempeñan en la conformación de la misma. Díaz-Andreu y Lucy (2005: 1-12) definen la identidad colectiva como la “identificación del individuo como parte de grupos más amplios basada en las diferencias socialmente sancionadas como significantes.”

La identidad se relaciona con la sensación de pertenecer, una forma de percibirse a sí mismo, la manera en que otros

nos perciben como formado parte de ciertos grupos en vez de otros. Los autores añaden que la identidad es un proceso continuo y en constante construcción resultado de la interacción con otros lo cual a su vez requiere tanto agencia como selección. Este papel activo del individuo resulta en la historicidad, fluidez y el cambio constante de la identidad. La identidad es mediada socialmente, se vincula con el discurso cultural y representa a través de la acción personificada. Existe una relación entre la sociedad y el individuo ya que una no puede sobrevivir independientemente de la otra. Previamente, el interés en las culturas arqueológicas predominaba en la Arqueología, las cuales se percibían como individuos equivalentes a grupos étnicos. Hodder (1982) y Leone (1973,1984) dentro de la etapa pos procesual en la disciplina, cambian el enfoque al individuo como clave para la comprensión de las sociedades. El interés en el estudio de la identidad se ha enfocado principalmente en los aspectos de género y edad. Joyce (2000: 3) señala la publicación de *La mujer, Cultura y Sociedad* en los 1970s (Rosaldó y Lamphere 1974) como punto de partida de la Antropología en temas relacionados con la existencia de la mujer y su estatus (ver Joyce 2017, para un sucinta introducción e historia de la Antropología de género). La influencia de las corrientes feministas y de género en las ciencias sociales motivo estudios enfocados a las relaciones de género, la mujer, los niños y su relevancia social. Previamente en la Arqueología, la mujer y su papel en las comunidades antiguas simplemente había sido ignorada en las narrativas dominantes. Un desinterés similar afectaba la investigación de los niños y ancianos de la antigüedad a pesar de que el estudio de estos grupos de edad así como del género, la sexualidad, el estatus y la religión son esenciales para comprender su función en la construcción de la identidad. De acuerdo con Díaz-Andreu y Lucy (2005: 9), la cultura material arqueológica (arquitectura, vestido, figurillas, cerámica, uso del espacio, entre otras) es una fuente de información relevante para estudio de las relaciones e interacciones sociales articulando la identidad social. Para el área Maya, Robin (2003: 322-328) señala que los estudios enfocados al entendimiento de la diversidad social se han incrementado considerablemente en las últimas décadas proporcionando una visión más completa de las diferencias internas que existían en la unidad habitacional como entre ellas. Esto es, una unidad habitacional no es un modelo representativo de todo el sitio. Como ya se mencionó, las investigaciones relacionadas con el estatus se han enfocado en la diversidad de los miembros de la nobleza, su organización jerárquica, las interacciones y alianzas entre las casas reales, el desarrollo de actividades artesanales y el papel de la mujer como cónyuge real, madre y gobernante. Así también, la excavación de unidades habitacionales de la clase no gobernantes, esto es la clase común de bajo estatus e intermedia ha revelado las similitudes y diferencias entre estas así como su participación en las actividades artesanales llevadas a cabo dentro del espacio habitacional (ver Robin 2003 para un resumen más amplio). En el aspecto del género, las investigaciones han resultado en una plétora de publicaciones incluyendo los trabajos de Hendon (1996, 1997, 2004, 2006, 2010 entre

otros), Claassen and Joyce (1997), Joyce (2000a, 2001, 2004, 2005, 2014 entre otros), Arden (2002) y Gustafson y Trevelyan (2002). Para Stockett (2005: 567) el género es “la expresión cultural del sexo biológico.” Dos conceptos adicionales que la autora incluye son ideología de género, esto es las creencias y expectativas de una sociedad en relación de los comportamientos apropiados para las categorías de género y las prácticas de género, las cuales se refieren a los comportamientos que tradicionalmente se han asignado a un género en particular basados en la ideología de género prevalente. Dos modelos han sido utilizados tradicionalmente en el estudio de género: la jerarquía de género y la complementariedad de género. El primero describe las relaciones entre los géneros como desiguales y jerárquicas con respecto al otro. La vida social está organizada alrededor de un género dominante, el masculino, mientras que el papel de la mujer se posiciona en relación a la del hombre, resultando en una relación asimétrica de poder. La complementariedad es un modelo en el que la relación entre los géneros se interpreta como “complementaria e interdependiente en los papeles productivos aunque la relación entre ambos se idealiza como basada en el apoyo mutuo pero separado de sus actividades” (Stockett (2005: 567-568). La autora añade que la utilidad de ambos modelos es limitada para el estudio de género y sexualidad en Mesoamérica dada su dependencia en una percepción binaria y heteronormativa construida durante la época Colonial como marco interpretativo. La autora cita como ejemplos las instancias en las que este modelo no incluye excepciones como en el caso de representaciones en piedra, cerámica y figurillas que ilustran personajes que han adoptado características del sexo opuesto o representan a un tercer género. Para Stockett (2005: 572), el género y el estatus como elementos de la identidad social, son un modelo imparcial y más efectivo en la interpretación de las prácticas relacionales de género y sexo durante la antigüedad. Las contribuciones de Joyce y Hendon han ilustrado la diversidad existente entre la clase gobernante así como el control que las mujeres nobles ejercían en las actividades diarias y artesanales, como el tejido, desempeñadas por otras mujeres de menor estatus. Por otro lado, las investigaciones de género asociadas a la gente común en sitios como Joya de Cerén (Beaudry-Corbett y McCafferty 2002), la tecnología lítica asociada a áreas agrícola (Neff 2002), las relaciones de género y edad en una comunidad agrícola de Chan (Robin 2002) y el estudio del asentamiento de Chunchucmil (Hutson 2010) son ejemplos de este tipo de enfoque en la gente común. Sus aportaciones han proporcionado datos acerca del desempeño de actividades colaborativas en los campos de cultivo y el uso de espacios abiertos, ramadas y estructuras de *bajareque* para establecer un grado de separación sin imponer límites estrictos a la interacción. De acuerdo con Robin (2003: 327) el trabajo de Beaudry-Corbett y McCafferty (2002) en las labores de tejido en Joya de Cerén es relevante para comprender la contribución adicional a la economía de la unidad habitacional, así como de las diferentes labores artesanales desempeñadas por las mujeres y su papel en el desempeño de rituales religiosos comunales.

1.3. La Etnoarqueología y el Espacio Habitacional

El estudio etnoarqueológico del espacio doméstico integra técnicas etnográficas y arqueológicas que permiten comprender su organización y funcionamiento dentro de las comunidades modernas. Esta perspectiva contempla al análisis etnográfico como una vía para entender el comportamiento de las poblaciones que han dejado huella en el registro arqueológico. El estudio de la estructura de los sitios ha permitido comprender con mayor precisión la relación existente entre los contextos arqueológicos y el comportamiento humano. Dos de los resultados más importantes son: 1) el reconocimiento de que muchas de las actividades realizadas en las áreas habitacionales no están espacialmente segregadas y 2) la consideración de que tanto los artefactos como los desechos producidos por estas actividades son generalmente "revueltos", transportados y desechados como conglomerados secundarios que se depositan en zonas lejanas a su contexto primario (Killion 1990: 201). Estas condiciones caracterizan probablemente a la mayoría de los contextos arqueológicos y por lo tanto tienen implicaciones muy importantes en la reconstrucción de los usos del espacio doméstico prehistórico (Killion 1990: 201). La Etnoarqueología ha contribuido al conocimiento de los factores que intervienen en el uso del espacio doméstico (tipos de estructuras, funciones que desempeñan, uso de espacios abiertos) y las variables (culturales o naturales) que lo afectan, y es una alternativa de interpretación respecto al comportamiento de los grupos domésticos prehistóricos. La aplicación del análisis etnoarqueológico como herramienta de interpretación se basa en el estudio de comunidades modernas que presentan un *continuum* cultural a través del tiempo. El uso de las inferencias etnoarqueológicas, producto de la analogía entre el presente y el pasado, debe ser cauteloso y corroborado por la evidencia arqueológica. En el área Maya, la analogía presente-pasado ha propiciado el desarrollo de investigaciones etnoarqueológicas principalmente en comunidades del sur como Chiapas y Guatemala donde se considera que los grupos Mayences son más "tradicionales" al presentar una mayor continuidad histórica en sus costumbres. En los últimos 20 años, una serie de estudios etnoarqueológicos se han llevado a cabo en comunidades de la Península de Yucatán como es el caso de la investigación regional y multidisciplinaria de Ochoa-Winemiller (2004; 2007a, 2007b) enfocada en el papel de la casa tradicional y el uso del espacio doméstico como dispositivos heurísticos en la definición de la identidad Maya, el estudio de Hernández (2014) en la comunidad de Yaxuna, y la aplicación de modelos etnoarqueológicos en los espacios domésticos de la comunidad de Sihó (Fernandez Sousa y Peniche May 2011) para mencionar algunos ejemplos. La Etnoarqueología ha producido modelos dinámicos respecto a los patrones de actividad domésticos identificando unidades de análisis que pueden ser utilizadas comparativamente en las áreas domésticas prehispánicas (Santley y Hirth 1993: 6).

Etnoarqueológicamente se ha identificado que el espacio ocupado por el grupo doméstico puede estar delimitado o

no. A través de muros bajos de piedra (albarradas) o por su ubicación en terrenos elevados natural o artificialmente (terrazas o plataformas) el espacio doméstico delimita su área restringiendo el acceso de aquellos que no pertenecen al grupo doméstico. La cercanía y orientación de las estructuras es otro factor que permite relacionarlas entre sí e identificarlas con un grupo doméstico dado. Según Pierreboung (1989: 40, 42), los límites espaciales del espacio doméstico no se definen por medio de divisiones físicas sino más bien por la disposición de los edificios e instalaciones asociadas que reflejan el conjunto de las actividades domésticas realizadas en el interior de la unidad de asentamiento. Para Santley (1993: 6), existen tres tipos de espacio doméstico: el solar doméstico (*houselot*), el arreglo doméstico (*domestic compound*) y la unidad habitacional (*dwelling unit*). Killion (1990), en su trabajo sobre la Sierra de los Tuxtlas (Veracruz) encontró que el solar doméstico era el área primordial para la organización tanto de las actividades residenciales como de las tareas agrícolas fuera del solar. Dentro del solar se desarrolla una extensa actividad doméstica y productiva la cual se realiza en un limitado número de áreas de uso. En el modelo del solar doméstico Killion (1990: 202), contempla cuatro áreas que representan los componentes materiales más importante del espacio doméstico: a) el núcleo estructural, se encuentra al centro del solar y contiene aquellas estructuras habitacionales primordiales para el grupo doméstico; b) el patio, localizado alrededor del núcleo estructural es un espacio despejado multifuncional y su importancia deriva del gran número de actividades que se desarrollan en él; c) el área intermedia, circunda al patio conteniendo acumulaciones de desperdicios y, d) el área de jardín/huerto-desechos, intruye en cierta medida al área intermedia y en ella se realizan actividades variadas a la vez que sirve como frontera al solar doméstico. Esta área ocupa generalmente más del 80 % del espacio total del solar doméstico. Este modelo de solar doméstico es identificado por Hayden y Cannon (1984), para las Tierras Altas Mayas. En su trabajo utilizan al solar como unidad de análisis aunque encuentran que el espacio se diferencia no solamente por las actividades que en él se desarrollan sino también por el tipo y cantidad de desechos que contiene. En el núcleo constructivo localizado al centro del solar no se encuentran desechos ya que factores como la limpieza, reciclado de los materiales o el juego de los niños movilizan la basura hacia lugares alejados de este núcleo. Alrededor de ese núcleo se localiza un área de desecho provisional en la cual la basura considerada como un estorbo potencial espera ser desechada o reutilizada. Finalmente, el área de desecho intensivo se localiza más allá de la zona de desecho provisional; en ésta los desperdicios son acumulados en pilas, enterrados en pozos que ya no son utilizados o simplemente esparcidos sobre el terreno. La basura también puede depositarse en las calles que se encuentran al frente del solar, trasladarse a basureros especiales, estructuras abandonadas, hondonadas o lechos de ríos (Hayden y Cannon 1984). A pesar de que la mayoría de los solares en las Tierras Altas Mayas contienen grandes jardines-huertos, en éstos no se deposita basura como

sucede en la zona de los Tuxtlas. Si bien, los agricultores reconocen el valor de los desechos orgánicos como fertilizante del suelo, en el jardín-huerto no se deposita aquella basura considerada peligrosa o no degradable (Hayden y Cannon 1984). En el caso de las Tierras Bajas Mayas Pierrebourg (1989: 36-38), encontró que el solar era el tipo de espacio doméstico empleado por los pobladores de Xculoc, sitio que se localiza al noreste del Estado de Campeche. El acondicionamiento de estos solares presenta cuatro zonas diferenciadas por sus características físicas y funcionalidad: a) el "monte", se localiza al fondo del solar y consiste en un espacio invadido por la maleza cuyo suelo está cubierto de afloramientos de roca madre (*tzekeles* en Maya yucateco), no contiene ninguna instalación ni objetos y se utiliza para cortar leña o como excusado; b) el espacio semidesmontado, forma la transición entre el monte y el espacio residencial bordeando los límites del solar. A pesar de haber sido liberado de la maleza no ha sido cuidado por lo que se observa el crecimiento de maleza y dispersión de las piedras que recubren el suelo. En este espacio se observan algunas áreas de actividad cuyos elementos -en la mayoría de los casos- son de materiales perecederos. Otras características de este espacio son una gran densidad de desechos, la presencia de estructuras relacionadas con la cría de animales así como del lavadero y de algunos fosos utilizados para el cocimiento de alimentos; c) el espacio residencial, se encuentra totalmente desmontado y deshierbado y en él no se encuentran desechos debido a los cuidados y limpieza regular de que es sujeto. En este espacio se plantan árboles frutales, flores y hierbas comestibles; las áreas de circulación en este espacio presentan en algunos casos hundimientos ligeros del suelo. Este espacio constituye una especie de área de descanso donde se llevan a cabo ciertas actividades como el cocimiento y trillado del maíz, algunas tareas masculinas y los juegos infantiles; d) el espacio cubierto, se compone de una casa, una cocina y un baño. Cada espacio centraliza el agregado de actividades específicas necesarias para la vida cotidiana y aunque algunas de estas actividades son fácilmente deducibles por las instalaciones donde se desarrollan, otras no dejan huella. Para Santley (1993:7), el modelo de solar doméstico permite visualizar al espacio doméstico como una serie de anillos concéntricos que se extienden alrededor del área residencial. Cada anillo conforme se aleja del núcleo contiene una mayor cantidad de desechos hasta llegar al área del jardín-huerto donde éstos disminuyen considerablemente. El tamaño del espacio y de los componentes del solar doméstico se relaciona tanto con el área destinada al jardín-huerto como con el tipo, intensidad, cantidad, especialización y el grado de confianza en las áreas de cultivo -dentro y/o fuera del asentamiento- destinadas a la subsistencia del grupo doméstico. La clase y cantidad de los desechos así como el número y especialización de las actividades son factores que afectan sensiblemente al tamaño y distribución de las áreas que integran el espacio doméstico. Debido a sus características espaciales, las comunidades que utilizan como tipo residencial al solar doméstico presentan un patrón de asentamiento disperso. (Santley 1993: 7). En

contraposición al solar doméstico se encuentra la unidad habitacional; Santley (1993: 7), identifica este tipo de espacio doméstico en el poblado de San Andrés Tuxtla (Veracruz). Ocurren generalmente en asentamientos nucleados casi urbanos y con una gran densidad poblacional; se caracterizan por compartir los límites o muros exteriores con otras unidades residenciales vecinas. Al poseer un espacio doméstico pequeño las estructuras residenciales tienden a dividirse en cuartos donde diferentes actividades ocurren simultáneamente. Los espacios exteriores se aprovechan igualmente para el desempeño de actividades domésticas. Debido a la limitante espacial de este tipo, la unidad habitacional tiende a presentar una proporción mayor de áreas techadas y los desechos se depositan generalmente al exterior de la vivienda. Finalmente, el arreglo doméstico consiste en un espacio pequeño delimitado por un muro bajo de piedra, adobe o material perecedero; contiene un núcleo constructivo donde las estructuras se disponen alrededor de un patio central en un arreglo espacial más formal que el del solar doméstico (Santley 1993: 8). Sutro y Downing (1988), localizaron este tipo de patrón espacial en la Villa Díaz Ordaz, Oaxaca. En el arreglo doméstico las estructuras son de forma rectangular donde el diseño básico consiste en una vivienda de un sólo piso con el acceso localizado en uno de los extremos largos. La ubicación del acceso está en relación a los vientos prominentes, las lluvias y el sol invernal. El crecimiento arquitectónico del arreglo tiende a la construcción de nuevas estructuras que comparten muros comunes. La distribución de los espacios techados favorece el agrupamiento de aquellos edificios que tienen una función similar los cuales también comparten el mismo espacio dentro del solar. Santley (1993: 8), menciona que en el arreglo doméstico los desechos se depositan generalmente al exterior del solar aunque en el caso de que éstos tengan un alto potencial de reutilización se almacenan en el espacio doméstico; esto provoca que en el arreglo doméstico se localicen apilamientos de basura que conforme alcanzan determinado tamaño son finalmente desechados más allá de los límites de éste. En el caso de la Villa Díaz Ordaz Sutro y Downing (1988), encontraron que los arreglos domésticos presentaban pocos cambios estructurales al paso de una generación de ocupación. Tanto la unidad habitacional como el arreglo doméstico son -al igual que el solar doméstico-, tipos de espacio habitacional identificables en el contexto arqueológico. Generalmente es en el núcleo estructural de estos tipos de espacio donde se concentra la mayoría de las tareas de excavación e investigación arqueológica con lo cual la información obtenida es limitada al no considerarse totalmente el contexto ambiental (Santley 1993: 6).

1.3.1. Estructuras, Desecho, Reuso y Reciclado

En el estudio etnoarqueológico del espacio doméstico se ha registrado la utilización de un número variado de estructuras diferenciadas por su función y -en algunos casos- por su forma. Wilk (1982: 99-101), señala que al ser las estructuras domésticas una categoría particular de artefactos contienen

significados simbólicos y utilitarios que les permiten reflejar la realidad socio-cultural. En su estudio de poblaciones Mayas Kekchi y Mopan, Wilk (1982) el tipo de estructura socio-económica de la comunidad influye el tamaño y número de las estructuras domésticas. En el caso de comunidades con una economía particularmente interna -como la Kekchi- las demostraciones de riqueza son socialmente sancionadas; las estructuras domésticas presentan un alto grado de estandarización en cuanto al sistema constructivo, apariencia externa y función; éstas funcionan como un símbolo de solidaridad e igualdad y aunque existen diferencias de riqueza entre los habitantes ésta se canaliza por medio de fiestas y rituales comunales o en la adquisición de objetos que permanecen en el interior de la vivienda para no despertar la envidia de los vecinos. En contraste, las poblaciones Mopan se encuentran involucradas en la producción agrícola a gran escala. Aunque esto no ha motivado grandes diferencias internas en el nivel de riqueza si ha provocado la expresión pública de la riqueza por la interacción con mercados y poblaciones externas. Las estructuras domésticas entre los Mopan se han convertido en un artefacto por medio del cual se expresa la diferenciación social; las estructuras habitacionales de grupos domésticos "ricos" son de gran tamaño, poseen pisos de concreto, techos de lámina, generadores eléctricos y otros elementos que las diferencian públicamente de las casas de grupos domésticos campesinos mayoritarios en la comunidad (Wilk 1982). Para Wilk (1982: 113), la uniformización o estandarización de la forma en las estructuras habitacionales se relaciona en gran medida con la clase de economía (interna o externa) presente en la sociedad, pudiendo funcionar en el contexto arqueológico como un indicador del sistema económico en las comunidades prehistóricas. Respecto al número y función de las estructuras que comprende el espacio doméstico Pierrebourgh (1989), señala que en el poblado de Xculoc los solares contienen de uno a once edificios identificando principalmente dormitorios, cocinas, bodegas, instalaciones para la cría y cuidado de los animales domésticos y lavaderos. La configuración más común es un edificio que sirve de dormitorio y cocina, o una o dos casas asociadas a una o dos cocinas; la disposición y orientación de los edificios funciona como un elemento delimitador dentro del solar proporcionando información sobre la evolución del área por factores funcionales o reproductivos. Dadas las características de los solares de Xculoc, Pierrebourgh aborda la articulación interna del espacio doméstico enfatizando la descripción de los elementos que contiene. Los edificios domésticos en Xculoc constan de un armazón de madera cuyos elementos de soporte son cuatro postes fijos en el suelo. Los muros no funcionan como sostén y descansan sobre una hilada de piedra que sirve tanto para protegerlos de la humedad como de asiento en el piso ligeramente terraplenado. Son de forma elíptica, con paredes elaboradas de varas recubiertas de bajareque y techo de palma; generalmente los edificios contienen una puerta aunque en ocasiones hay estructuras con dos puertas, una frente a la otra, localizadas en los costados más largos de la estructura (Pierrebourgh 1989). Las cocinas tienen forma elíptica o cuadrada siendo

necesario, en este último caso, acondicionar un pasillo que comunique con la casa principal; su tamaño es más pequeño y sus paredes están hechas de varas aunque no se recubren de bajareque para dejar escapar el humo del hogar. Tienen dos apéndices, uno cubierto que funciona como baño y otro descubierto para los depósitos de agua (Pierrebourgh 1989). Por lo que toca a las actividades que se desarrollan en el solar doméstico, en Xculoc se observó el uso multifuncional de los distintos espacios que componen éste. Pierrebourgh (1989: 42), propone tres tipos de actividades definidas por la clase de vestigios encontrados: a) actividades que por repetirse sistemáticamente en el mismo lugar, dejan rastros asociados a los objetos utilizados que permiten identificarlas claramente (por ejemplo las actividades relacionadas con la preparación de alimentos); b) actividades que en su realización utilizan materiales perecederos fácilmente degradables, esto es el caso de las áreas de lavado, circulación y basureros; y c) actividades que solamente pueden identificarse mediante la observación de la vida cotidiana porque se realizan en áreas poco definidas y no dejan rastros. Para Pierrebourgh (1989: 42), la identificación arqueológica de estas actividades debe considerar los límites del registro arqueológico y hacer uso de otros enfoques de investigación como la Etnoarqueología que permitan optimizar la información obtenida.

En su trabajo sobre la tecnología utilizada para el almacenamiento del maíz Smyth (1990), contempla al solar doméstico como la unidad de asentamiento para la zona serrana del Puuc (Yucatán). La distribución, número y tecnología constructiva de los edificios domésticos es similar a la reportada por Pierrebourgh en Xculoc. Smyth (1990), señala que el desarrollo de un modelo de almacenamiento es necesario para conocer las áreas destinadas al almacenaje dentro del espacio doméstico, el programa de actividades relacionadas, el tipo de desechos producido y su distribución. Se identificaron diferentes áreas donde se realizan actividades de almacenamiento y algunas de ellas son construcciones especializadas como bodegas, trojes y arcones; otras estructuras que también se relacionan con el almacenaje son las cisternas, cocinas y residencias domésticas. El estudio de las actividades de almacenaje permitió establecer que la diversidad de técnicas para guardar comida es un factor importante en el modelo de almacenaje y contribuye al uso diferencial del espacio en las estructuras domésticas (Smyth 1990). Las actividades relacionadas con el almacenaje tienen lugar generalmente en la estructura central de los recintos domésticos, mientras que el cocimiento y lavado del maíz -dos actividades relacionadas con el almacenaje-, se practican en el área despejada del recinto y en la periferia del patio. El mantenimiento y eliminación de la basura son indicadores útiles de los métodos de almacenar comida. El mantenimiento de basura consiste en el barrido de los desechos hacia la periferia del patio donde los cúmulos de desperdicios se queman periódicamente. Para Smyth (1990), la similitud de este comportamiento con el de otras áreas sugiere principios en el uso del espacio que permite compararlas en el contexto Mesoamericano y

proporciona elementos para identificarlo en el registro arqueológico.

El estudio de Repetto (1991), sobre la distribución de funciones en las estructuras domésticas del poblado de Ucí (Yucatán) analizó unidades habitacionales tradicionales así como las zonas en las que se llevan a cabo las actividades cotidianas domésticas. En su trabajo identifica siete tipos de estructuras domésticas: casa-dormitorio, cocina, troje, cobijos para los animales, pozo, lavadero y retrete. La población de Ucí conformada bajo un trazo colonial, utiliza como unidad de asentamiento al predio que equivale al solar doméstico de Hayden y Cannon (1984), Pierrebrough (1989), Killion (1990) y Santley (1993); las estructuras domésticas tienden a mantener cierta distancia entre ellas y el muro que circunscribe el terreno. Algunas de las estructuras se encuentran alineadas con la vía pública aunque en ocasiones se localizan al centro del predio. Los muros divisorios o albarradas se construyen con grandes piedras encimadas a junta seca y con una altura aproximada de 1.40 metros (Repetto 1991). Repetto (1991: 14), considera a la estructura doméstica como un módulo sin divisiones internas. En Ucí, el número de construcciones habitacionales varía de uno a tres; cuando se construye una segunda construcción se localiza detrás de y sobre el mismo eje que la primera o forma un ángulo de 90 grados al ubicarse en cualquiera de sus extremos. Si existen tres edificios, estos tienden a formar un espacio delimitado por sí mismo semejante en su distribución a los cuadrángulos prehispánicos. Las construcciones tradicionales, de planta elipsoidal, emplean piedra a junta seca para los muros con techos de palma o zacate, aunque también existen edificios con paredes de vara (*kolopché* en Maya Yucateco) (Repetto 1991). La primera construcción es de mejor calidad y funciona para recibir a las visitas y para el descanso. En la segunda construcción se localiza la cocina y en ella es común encontrar el hogar fabricado con tres piedras aunque en caso de existir un pasillo entre ambas construcciones, se puede encontrar otro fogón en esa área; cerca de la cocina se almacena el maíz en una construcción de menor tamaño y forma cuadrada (troje), fabricada con tronquillos de arbustos y en ocasiones con un pequeño techo inclinado. El lavadero se sitúa bajo un árbol frondoso y cuando en un predio viven varias familias cada una de las mujeres tiene su batea donde lava la ropa de su familia. Algunas veces los lavaderos están techados y generalmente se encuentran depósitos de agua a su alrededor (Repetto 1991). Casi todos los solares de Ucí tienen un pozo que funciona mediante una bomba eléctrica que extrae el agua; también se construyen pequeños cobijos con piedras apiladas a junta seca, madera y alambre que sirven para proteger a los animales domésticos. Los procesos orgánicos de eliminación se realizan al fondo del solar en áreas poco definidas y el aseo personal se lleva a cabo tanto en la casa-dormitorio como en la cocina, cuando está cerrada (Repetto 1991). Para Repetto (1991: 16), el análisis de la vivienda tradicional Maya no debe limitarse al estudio de los espacios techados sino que debe abarcar los espacios abiertos en la misma medida o más aún que los cerrados. La ubicación de los vestíbulos y áreas de

circulación en los espacios abiertos así como la variedad de actividades domésticas que se desarrollan en ellos son algunos de los factores que deben considerarse al abordar el espacio doméstico de los asentamientos prehistóricos.

Gifford (1978: 77), señala que el análisis etnoarqueológico proporciona evidencias que permiten contrastar aquellas hipótesis relacionadas con los factores culturales que producen la evidencia material estudiada por la Arqueología. La cultura es el factor primario que produce restos materiales aunque existen factores no culturales que pueden afectar los materiales culturales conforme se convierten en parte del registro arqueológico. Por lo tanto, comportamientos culturales como el consumo y desecho son agentes primarios que estructuran la cultura material (LeeDecker 1994) existen procesos naturales (como la vegetación, lluvia, aire, permeabilidad del suelo, actividad animal, entre otros) que operan después de que los sitios son abandonados y que alteran la distribución espacial de los materiales culturales (Gifford 1978). Según Gifford (1978), durante la ocupación y abandono de un sitio los desechos materiales pueden continuar en el lugar donde eran utilizados (desechos primarios) o pueden ser transportados a una zona alejada de su área de uso (desechos secundarios) dependiendo del tamaño de los artefactos, su peligrosidad y la rapidez con que se degradan. El estudio de Deal (1985), sobre las comunidades Tzeltales de Chiapas y Guatemala utiliza el esquema de Sullivan (1978: 183-222), sobre los contextos relativos al depósito y desecho de artefactos cerámicos para identificar tres estadios relacionados con el proceso de abandono de un espacio doméstico: pre abandono, abandono y pos abandono. Cada uno de estos momentos produce cambios significativos en la frecuencia, tipo, diversidad y distribución espacial de los materiales cerámicos. El periodo de pre abandono involucra el uso y disposición de los artefactos cerámicos dentro de su contexto de uso. La disposición de los materiales puede ser intencional o fortuita permitiendo la utilización de los materiales cuando se necesiten. Durante el periodo de pre abandono la variabilidad y distribución de la cerámica está íntimamente relacionada con la distribución interna de las estructuras domésticas, el jardín-huerto y las áreas de actividad dentro del arreglo doméstico. La distribución espacial de los materiales se ve afectada, en cierto grado, por el ciclo de desecho y renovación (desecho provisional, mantenimiento, deposición o pérdida) y los movimientos concomitantes a las actividades relacionadas con la cerámica (Deal 1985: 250). El abandono del arreglo doméstico involucra el abandono selectivo tanto de áreas de actividad como de materiales dentro de su contexto de uso. El modo en que el proceso de abandono se realice (gradual/con retorno, gradual/sin retorno, rápido/con retorno, rápido/sin retorno) tiene diferentes efectos en el contenido (distribución, naturaleza, tamaño) y la distribución espacial de los materiales cerámicos (Deal 1985: 250). La identificación del tipo de abandono que ha sufrido un sitio reviste vital importancia en el caso de las comunidades prehistóricas que generalmente presentan un abandono gradual y ocasionalmente son ocupadas nuevamente. Por último, el

periodo de pos abandono involucra el "regreso virtual" de los materiales desechados y las áreas de actividad dentro de su contexto de uso. Este estado se caracteriza por el número de procesos culturales (depredación, deposición, colecta, juegos infantiles, entre otros) que alteran la naturaleza, contenido y distribución de artefactos y rasgos en los arreglos domésticos abandonados. El grado de alteración puede ser influenciado por las condiciones de abandono, la accesibilidad al arreglo doméstico, y la proximidad de éste al centro de la comunidad. Este es el periodo en que normalmente se forma el registro arqueológico finalizando cuando el área es excavada totalmente (Deal 1985: 253). En la población abandonada de Osumacinta Viejo (Chiapas) Denis (1984), encuentra que los incendios, según ocurran en edificios habitados o no, son un factor que puede provocar cambios substanciales en la estructura y distribución de los materiales culturales y, en algunos casos, ayudan a entender las características de determinado contexto. Para LeeDecker (1994), el comportamiento cultural de consumo presenta influencias de factores como la morfología del grupo doméstico, el ciclo de vida, la etnicidad y el estatus socioeconómico que propician determinados patrones en la adquisición, uso y desecho de los materiales domésticos afectando los procesos de formación del registro arqueológico. Hayden y Cannon (1983), reconocen que el manejo de los desechos para las Tierras Mayas Altas está estructurado por tres factores: la economía de esfuerzos, el valor potencial o reutilización y el potencial de estorbo como desecho. Así pues, actividades relacionadas con la preparación y consumo de alimentos, artesanía y recreación se realizan en espacios techados y producen desechos (como basura orgánica, huesos, cenizas, fragmentos mínimos de cerámica, vidrio y cuero) considerados de escaso valor y potencial de estorbo por lo que, generalmente la limpieza o barrido de estas áreas los van acumulando en zonas no muy lejanas de su lugar de producción (por ejemplo los pasillos de circulación y el jardín-huerto). Por otro lado, aquellos objetos que presentan algún valor y potencial de estorbo (como vasijas cerámicas o cabezas de hacha parcialmente fragmentadas) son potencialmente reciclables y dado que tienen una tamaño mayor al de los desechos orgánicos pueden ser transportados a zonas lejanas de su lugar de uso o en caso de abandono del área doméstica pueden ser desechados provisionalmente en el interior o exterior del espacio doméstico (Hayden y Cannon 1983: 129-130). Al interior de la estructura doméstica las áreas de desecho provisional generalmente se localizan a lo largo de los muros, en esquinas y bajo las camas o mesas; cuando la cantidad de desecho ha aumentado considerablemente éste se recoge en bolsas o canastas depositándose finalmente en lugares poco transitados del espacio doméstico, en la calle o en basureros vecinos (Hayden y Cannon 1983: 131). Finalmente, un aspecto interesante relacionado con los desechos materiales es la reutilización de algunos de ellos en otras actividades no necesariamente relacionadas con la función original del artefacto. Sullivan (1989), en su trabajo sobre los Kayenta Anasazi propone algunas hipótesis que explican la utilización de los tiestos cerámicos como relleno constructivo de las estructuras

domésticas. Procesos culturales como el manejo de los desechos, almacenamiento, desecho provisional, depredación y reciclado se relacionan con la distribución espacial del material cerámico. Por su forma delgada y pequeña los tiestos cerámicos se reutilizan generalmente en la elaboración y cocimiento de vasijas o como material constructivo; con pequeñas modificaciones algunos tiestos se convierten en herramientas (cucharas, raspadores, alisadores, pesas de red) o nuevas formas cerámicas. Las características físicas del artefacto (tamaño, dureza, maleabilidad) el grado de disponibilidad del material y su valor tecno económico son algunos de los factores que propician la reutilización de materiales culturales fragmentados en lugar de su desecho final (Sullivan 1989: 111-112).

Para resumir, el estudio de las unidades domésticas, espacios, áreas de actividad y materiales culturales se ha transformado en las últimas décadas. Al incorporar nuevos enfoques, conceptos y métodos de investigación la arqueología de unidades habitacionales ha ampliado la narrativa de estos espacios con información referente a la dinámica de la vida cotidiana, las relaciones de género, la identidad y agencia de sus residentes, sus estrategias económicas y alianzas políticas, el manejo de los espacios, para mencionar algunas de sus contribuciones en este campo de estudio. El estudio arqueológico de estas unidades también ha revelado la multifuncionalidad de los espacios domésticos y por lo tanto la necesidad de integrar métodos analíticos adicionales. Así también, los modelos etnoarqueológicos señalan la necesidad de considerar los factores culturales y naturales, así como los procesos de formación del contexto en el examen de la distribución espacial de los desechos y el significado de la cultura material. El siguiente capítulo describe sucintamente el sitio arqueológico de Dzibilchaltún, una de las capitales Mayas de la antigüedad en el noroeste de la Península de Yucatán. El apartado también incluye una sinopsis de las investigaciones previas en el sitio y los últimos descubrimientos que han contribuido a reevaluar el tamaño del sitio y su influencia regional y política en la región. Finalmente, concluyo con una breve relación de las investigaciones adicionales en las áreas habitacionales del sitio efectuadas posteriormente a mi exploración del contexto habitacional en Dzibilchaltún.